

EL LIBRO DE LA VIDA DE SANTA TERESA DE JESUS: ENTRE LA AUTOBIOGRAFIA Y LA ESPIRITUALIDAD

Carlos Orlando Nallim

En su vida conventual, la santa debía cumplir con múltiples obligaciones. A las naturales de oración y reflexión, se unían las de hilar y tejer y, además, atender todos los asuntos del convento o de las fundaciones. Si consideramos que la primera fundación, la de San José de Avila, tiene lugar en 1562 y la última, la de Burgos, en 1582, habremos de colegir que la reforma del Carmelo y la fundación de dieciséis monasterios, tareas ambas de muchas dificultades de todo orden, coinciden con los últimos veinte años de la santa. Su obra escrita, pues, coincide en el tiempo, con esa muy ocupada, por momentos azarosa, culminante etapa vital.

Por otra parte, de ninguna página de esta extensa obra escrita podría deducirse el deseo de redactar algún tratado de orden ascético, místico o, simplemente, de literatura espiritual que compitiera con alguno de los abundantes títulos que sobre el particular corrían, algunos de los cuales se identifican como sus propias fuentes.

La razón de ser del primero de los grandes libros, la *Vida*, hay que buscarla en su sentida necesidad de dar testimonio de los hechos de orden extraordinario que, a veces, le sobrevenían en su oración mental. Si nos atenemos a sus propias palabras, antes de 1562, a pedido de sus confesores y consejeros, había escrito algunos fragmentos de su *Vida*. Así las relaciones dirigidas al padre Diego de Ce-

tina, al maestro Gaspar Daza y a Francisco de Salcedo, a San Pedro de Alcántara y al padre Pedro Ibáñez ¹.

Cuando la santa dice que escribe por obediencia, debemos entender que no se trata de una respuesta a exigencias imperiosas o autoritarias sino, más bien, un seguir el consejo de aquéllos ante quienes ella expone los sucesos de su vida interior, ante quienes expone sus dudas y de quienes recaba orientación. A estas redacciones fragmentarias hay que sumar las primeras *Cuentas de conciencia*, precisamente las primeras cuatro *cuentas*. Sin por ello olvidar que desde la quinta en adelante continúa relatando fragmentos de su vida, donde, siempre el acontecer autobiográfico va marcando una verdadera biografía interna.

Obediencia, voluntad, conocimiento

Todo hace pensar que fue el padre García de Toledo quien le "ordenó" escribiera sus "muchos trabajos de alma" ². A él va dirigido el manuscrito, a él se dirige la escritora, en muchas ocasiones, en el transcurso del relato. Indudablemente, la monja carmelita y el fraile dominico se respetaban y distinguían mutuamente. El casual encuentro en Toledo, cuando en 1562 Teresa pasaba unos meses en el palacio de Doña Luisa de la Cerda, fue decisivo en la reanudación de un trato y amistad que venía de antes. No cabe duda de que con este relato se autenticaba una vida espiritual extraordinaria, pero también se debe pensar en los beneficios que de esa riqueza podía obtener el mismo confesor, los confesores, los lectores de este libro en un principio confidencial.

Convengamos en que para escribir un libro como el de la *Vida* no basta el consejo o la orden de escribirlo, es necesario que la escritora quisiera y supiera hacerlo, como en verdad lo quiso y supo hacer. A los cuarenta y siete años, cuando ya había ensayado sus dotes de escritora en relatos fragmentarios de tono autobiográfico e informativo destinados a sus confesores, emprende su primera gran obra por escrito. Fruto de su obediencia, su experiencia, sus dotes naturales y el carisma. Carisma, porque por mucho que podamos insistir en las cualidades de escritora nata presentes en Teresa, no se debe disminuir o dejar de lado la importancia que tiene la

1 Cfr. *Vida*, 23, 15; 23, 8-14; 30, 3 y 33, 5 respectivamente. Cito por SANTA TERESA DE JESUS, *Obras Completas*, ed. manual, transcripción, introducción y notas de Efrén de la Madre de Dios, O. C. D. y Otger STEGGINK, O. Carm. 4. ed. Madrid, 1974.

2 *Vida*, 34, 6.

repetida afirmación que hace la santa, a lo largo del texto, del favor especial que recibe de Dios. Para no ser reiterativos baste ahora la siguiente cristalina aseveración: "una merced es dar el Señor la merced y otra es entender qué merced es y qué gracia; otra es saber decirlo y dar a entender cómo es" ³.

La redacción de la *Vida* terminada en junio de 1562 no es la definitiva, es base del texto definitivo con el cual contamos. Esta segunda redacción obedece al pedido del padre García de Toledo y de los confesores que ya habían leído la primera. Conociendo los detalles de su ajetreada vida se puede muy bien pensar que la segunda y definitiva redacción es de 1564 o de principios de 1565. Se trata pues de un trabajo fruto de una experiencia revisada y de una elaboración literaria no improvisada. Así y todo, considerando la estructura final del libro, de difícil inclusión en un género determinado, se puede opinar que no hubo un trabajo de síntesis y, sin poner en duda la destreza expresiva de la escritora, la redacción final resultante no es armónica ni coherente ⁴. Esto no es un defecto, es simplemente el libro de la *Vida* que nos queda.

La autobiografía: ficción y recurso

Hablar de autobiografía en la literatura española es pensar, inmediatamente, en la novela picaresca. Uno de los rasgos caracterizadores del género picaresco es la forma autobiográfica. Pensando en la importancia de esta forma es que Américo Castro ha llegado a titularlo de "genial decisión", porque entiende que el estilo autobiográfico, novedad introducida por el *Lazarillo*, es audacia que mediante la ilusión que crea hace que el lector viva desde la intimidad del narrador su experiencia ⁵. Sabemos que este rasgo es permanente en este tipo de novela hasta su disolución.

3 *Ibidem*, 17,5.

4 Enrique LLAMAS afirma "que la segunda redacción impuso ciertos elementos sobre la primera, tal vez más homogénea y uniforme, al no aparecer dividida en temas y capítulos. O puede pensarse a la inversa: es posible que la Madre Teresa, a pesar de su finura de penetración y de su destreza en el arte de la expresión, impostase en la segunda redacción, concebida con criterio más homogéneo, algunos elementos de la primera redacción, que vinieron a quebrar hasta cierto punto su unidad y armonía de líneas". En "Libro de la Vida", en *Introducción a la lectura de Santa Teresa*, obra en colaboración dirigida por Alberto Barrientos. Madrid, 1978. p. 221-222.

5 Vid. Américo CASTRO. *Hacia Cervantes*. 3. ed. Madrid, 1967. p. 119-120.

Tras evocar la narración picaresca, suele señalarse a Santa Teresa como la autora de la primera autobiografía auténtica de las letras castellanas. Aunque debemos advertir que el género autobiográfico tiene antecedentes dignos de recordar. María Rosa Lida, al tiempo que insiste en el origen semítico de la autobiografía en el *Libro de Buen Amor*, pone de relieve la línea didáctica de la clerecía occidental medieval que nos lleva a las *Confesiones* de San Agustín, de raíz oriental. En esta línea sitúa el gran ejemplo de la autobiografía edificante, es decir, la "que se propone edificar al lector exponiendo los yerros propios"⁶.

Así, cuando el Prof. Francisco Rico quiere dilucidar el porqué Mateo Alemán se inclina por la forma autobiográfica, advierte el hecho de que "en primera persona [...] tal doctrina explícita quedaba fundida con la ficción [...] Así, crear un carácter y dar un puñado de lecciones, literatura y pedagogía, se refuerzan mutuamente en la forma autobiográfica"⁷.

Y ya en el campo de la literatura didáctico-religiosa, la profesora María Paz Aspe, tiene en cuenta este tipo de consideraciones cuando trata una curiosa y hoy casi desconocida figura del siglo XVI, Constantino Ponce de la Fuente, autor de la *Confesión de un pecador*, editada en Sevilla, en 1547. Aquí la intención es marcadamente religiosa y ejemplar. Es decir, no hay ficción similar a la de Mateo Alemán. En este sentido, está mucho más cerca de San Agustín, pues "la autobiografía se le ofrece como vehículo de profundización en los sentimientos del protagonista—penitente, y sobre todo medio de ofrecer al lector piadoso una meditación espiritual y un examen de conciencia"⁸.

El *Lazarillo*, en los orígenes del género picaresco, el *Guzmán* en su cenit; uno a mediados del siglo XVI, el otro al finalizar el siglo. La *Confesión de un pecador*, libro didáctico religioso de media

6 Vid. María Rosa LIDA de MALKIEL, "Nuevas notas para la interpretación del *Libro de Buen Amor*." En *Estudios de Literatura Española y Comparada*, Buenos Aires, 1966, en el título "Didactismo", esp. p. 28 y 29.

7 Francisco RICO. *La novela picaresca y el punto de vista*, Barcelona, 1970, p. 83-84. En verdad, el crítico dice mucho más al agregar que "Y con tanta sagacidad la maneja Mateo Alemán, que hasta las limitaciones específicas de la primera persona se potencian automáticamente. Gasta el novelista, por ejemplo, un exquisito cuidado en mantener las apariencias de autenticidad".

8 María Paz ASPE, "La *Confesión de un Pecador*, del Dr. Constantino: Una autobiografía del siglo XVI sin pícaro". En *La Picaresca. Orígenes, textos y estructuras*. Madrid, 1979. p. 789.

dos del siglo que alcanza a tener tres ediciones ⁹. El rasgo común es el de la forma autobiográfica, novedad en el novedoso género picaresco, no así en la *Confesión* que sigue una tradición que nos puede llevar a San Agustín y, no menos importante, nos da por escrito un método frecuentemente usado en la predicación eclesiástica edificante.

Distingamos, pues, entre autobiografía como ficción presente en la picaresca, o como recurso en la predicación y “confesiones” edificantes, respecto de la autobiografía del libro de la *Vida*, a la que hemos llamado auténtica, porque queremos significar que se trata de una verdad acreditada, no sólo de un recurso literario. Pero la intención en el uso de tal recurso es similar, un estilo directo, que apunta al corazón del lector pero que, a la vez, le permite al autor protagonista profundizar en sus propios sentimientos. Le permite una comunicación de carácter intimista y, a la vez, existencial.

Autobiografía y vida de oración

En la *Vida*, su carácter autobiográfico está enderezado a objetivos bien definidos. Se trata de escribir “el modo de oración y las mercedes que el Señor me ha hecho”, nos anuncia en el prólogo, y, al mismo tiempo nos dice —y esto es muy importante— que hubiese preferido le mandasen decir “muy por menudo y con claridad [. . .] mis grandes pecados y ruin vida”. De donde, la autora adelanta al lector que no debe esperar un libro de “confesiones”, al estilo de San Agustín, que, por otra parte, ella bien conocía y que influye en su obra; ni tampoco algo similar a la *Confesión* de Constantino Ponce de la Fuente, que, las circunstancias así lo sugieren, no conoció.

Las *Confesiones*, de San Agustín, tienen un inmenso valor de carácter dramático, tal es la profundidad con que se nos presenta en su autobiografía. A la vez, se constituyen en verdadero hito, fundamento del pensamiento especulativo cristiano, antiguo y moderno. Sin embargo, en su estructura como libro es claramente perceptible el lineamiento biográfico, que partiendo de la niñez pasa por la adolescencia y la juventud para llegar a la madurez, aunque desde otro punto de vista resalta la línea que culmina con la conversión al cristianismo, como que también se trata de una biografía o autobiografía espiritual.

⁹ La primera edición, como queda dicho, es de Sevilla y de 1547; la segunda es de Evora, 1554; la tercera de Amberes, 1556. Todas en vida del autor, que murió prisionero de la Inquisición y “post mortem” quemado en efígie en 1560.

Podríamos pensar que el libro de la *Vida*, que comienza con datos de la familia y la infancia, nos va a llevar en línea recta hasta el presente de la escritora que todo esto escribe, pasando por las distintas etapas de su vida. No hay tal, pues a pesar del inicio que comenta sus orígenes e infancia, el objetivo de esta "autobiografía" está definido: más que su vida interesa su vida de oración, más que sus "ruindades", habrán de interesar las "mercedes" con que Dios la distingue. De allí el engaño de muchos desprevenidos lectores y de algunos críticos comedidos al pensar que todo lo que no es autobiográfico *sensu stricto* es digresión. El resultado es que la *Vida* se les convierte en un libro de digresiones, incomprensible o difícil de encasillar desde el punto de vista de la estructura.

Cuando el lector se acerca a la *Vida* por primera vez, lo hace con el pensamiento de leer la biografía de la autora contada por ella misma, quien se la va a ofrecer progresivamente, pues irá corriendo los velos que suelen cubrir la intimidad de los hombres. El lector busca contemplar la personalidad limpia y monda del personaje autobiografiado y su interés radica y se acrecienta en virtud de ese talismán o atractivo que irradian los grandes personajes. La imagen prestigiosa así plasmada ejerce un secreto interés en el lector: ver en ella algún rasgo, por pequeño que sea, que lo acerque un algo, que le permita alimentar o fundar una secreta esperanza de similitud.

En el caso de las *Confesiones*, siempre o casi siempre, va advertido de que se trata de una vida escindida, cronológica y espiritualmente, en dos por la conversión del protagonista al cristianismo. En el caso del libro de la *Vida*, la sensación es menos segura pero pronto el lector se siente atraído por la fuerte personalidad de la escritora. Más de una vez se entera de las costumbres y usos del siglo XVI, de su historia y cultura, porque lo va viviendo con la autobiografía teresiana. Cabe advertir, no obstante, que la escritora, en el curso de su autobiografía, no piensa que es un personaje arquetípico, tampoco es su propósito ofrecernos una crónica de acontecimientos más o menos importantes, prefiere confiarnos su espíritu, con sus luchas y logros, con sus pequeñeces y grandezas. Prefiere brindarnos su vida interior que, por gracia sobrenatural y por aciertos de su personal estilo, nos resulta coruscante y atractiva.

Por su fama y por haber aparecido en la Italia renacentista del *quattrocento*, quizá convenga recordar la vida de Eneas Silvio Piccolomini, la autobiografía de un humanista y de un hombre de religión que llegó a ser Papa con el nombre de Pío II (1458—1464). En esta autobiografía no se expone el alma del autor ni sus puntos de apoyo son de orden místico. El autor quiere entender la vida y escrutar el mundo que lo rodea a la luz de una objetividad afincada

en el más acá. Buen historiador y excelente estilista, observamos en sus *Commentarii rerum memorabilium* un enfoque de gran vuelo donde los hombres y el mismo escritor se califican por sus valores intrínsecos, no en relación a valores trascendentes. El autor se muestra historiador, costumbrista y, sobre todo, finísimo observador que, por momentos, alcanza la emoción lírica.

Tanto en el caso del libro de la *Vida* como en el de los *Commentarii*, se trata de una autobiografía alejada del arquetipo, muy cercana o más cercana al microcosmos individual, muy humana. Sin embargo, la primera se yergue —aunque no es la intención de la santa— en biografía de una mujer extraordinaria, biografía que asienta un pie en los valores arquetípicos y otro en una intensa individualidad de vivencias intransferibles.

Individualidad y recato

Oculto por los humildes hábitos de monja carmelita hay una poderosa individualidad que atrae de inmediato la atención del lector. Es la fundadora que tanto lucha para primero instaurar y luego afirmar la reforma del Carmelo, es la monja atrevida —y mucho en aquellos tiempos— que se dirige a altos funcionarios de la Orden, de la Iglesia, de la Corte pidiendo por su obra. Pero está también presente la religiosa de a solas con su alma que sufre dudas, terribles dudas sobre su quehacer y su deber hacer, sobre si su vida de oración está bien orientada, sobre si lo que al parecer son “mercedes” divinas en realidad son engaños demoníacos. Está presente la religiosa que hila, compone coplas circunstanciales, barre una celda, construye una ermita en el huerto, con sus hambres, sus gozos, sus muchos e intensos males físicos. Así se nos va apareciendo a partir de esas páginas un personaje de rasgos vigorosos que las rebasa.

No hay una visión ordenada porque la *Vida* carece de un plan preconcebido, ni tampoco una interpretación unitaria, ni una cronología estricta y continuada. La libertad que se toma en todos estos aspectos hace que su *Vida* se enderece hacia la confesión. Como queda dicho más arriba, no se trata de una confesión de faltas para provocar didácticamente y como reacción la repulsa en el lector, nos referimos más bien al tono confidencial, íntimo con que nos cuenta su vida espiritual. Sus confesores sabían de este estilo reservado, presente ya en los ensayos o redacciones previas a la definitiva; y no sólo no les molestaba sino que aconsejaron a la monja insistir y extender su relato, que recibieron con recato y respeto.

Esa reserva y recato dieron a la autora un ambiente anímico especial que le permitió reflejar en la letra ciertos sentimientos, pensamientos, deseos y vivencias que, se nos ocurre, difícilmente hu-

biera expresado de saber que tomarían estado público. Quizá fue también esa inocencia, ese sentirse segura en una confesión limitada a sus asesores y confesores lo que le permitió expresar sin tapujos las atemoradas de su alma. Se ha dicho mucho de sus reales temores por la intervención de la Inquisición en lo que se refiere al contenido y difusión del libro; pero, creemos que se olvida un poco su propio y legítimo malestar, su pudor, cuando pensaba que aquel libro andaba en manos desconocidas o irresponsables.

Caracterización de la autobiografía

Desde un punto de vista estrictamente autobiográfico, hasta la gente que poco o nada conoce de la santa y de su obra recuerda con fruición el episodio de la fuga a tierra de moros para morir como mártires que protagonizan Teresa y su hermano Rodrigo, cuando eran niños, y que nos narra la *Vida*, en el primer capítulo. En este capítulo caben también la noticia que da de sus padres y su infancia. En el segundo los "devaneos" de la adolescente centran la escena, que termina cuando es enviada a un monasterio del lugar. A partir del tercero la adolescente piensa en tomar el hábito, —podemos decir que empieza la vida monjil, noviciado mediante. Pronto nos damos cuenta los lectores de que todo en la *Vida* está al servicio de su vida espiritual. Es tan fuerte el peso de su determinación de escribir sus vicisitudes o avatares de orden espiritual que poco importa todo lo demás o, si se quiere, todo lo demás importa en tanto y en cuanto sirva de soporte a la autobiografía "espiritual".

No nos puede sorprender que no se detenga mucho en ciertas situaciones y en cierto tipo de datos comunes a las biografías o autobiografías preceptivas. Su vida, la que interesa a su propósito, es la que pasa al libro; todo lo demás, por importante que fuere, por interesante que nos pudiera parecer, no se registra. Es que si bien es un relato de tipo histórico, es también una exposición e interpretación de los fenómenos espirituales experimentados. Quizá convenga recordar que la santa no le puso título y cuando le asigna nombre, éste no nos recuerda el concepto de biografía o autobiografía: "Qué cosa es la misericordia de Dios, que mis maldades han hecho bien a vuestra merced, y con razón, pues me ve fuera del infierno que ha mucho que tengo bien merecido, y ansí intitulé ese libro 'De las misericordias de Dios' " ¹⁰.

10 En la carta del 19 de noviembre de 1581, dirigida a D. Pedro de Castro y Nero. En otras dos cartas, la alusión al libro es menos explícita y lo llama "mi alma" (23-6-1568) y "el [libro] grande" (28-8-1575).

En 1588, cuando fray Luis de León, por encargo del Consejo Real, edita las obras de la santa, en la imprenta de Guillermo Foquel, de Salamanca, lo hace con el siguiente título: *La vida de la madre Teresa de Jesús, y algunas de las mercedes, que Dios le hizo, escritas por ella mesma por mandado de su confesor, a quien lo embía y dirige, y dize ansí*. La ficha del códice del Escorial dice: *La Vida de la Madre Teresa de Jesús escrita de su misma mano, con una aprobación del P. Maestro Fr. Domingo Báñez, su confesor y cathedrático de Prima en Salamanca*. Hoy lo reconocemos por el *Libro de la Vida* o, simplemente, la *Vida*. Vemos que Santa Teresa bien podía, sin faltar a su contenido, llamarlo *De las misericordias de Dios* porque su interés no radica en la biografía de carácter histórico sino más bien en ser un libro de intención didáctica y fundamentalmente espiritual.

Al respecto, nos parece excelente la caracterización que de él hace Enrique Llamas cuando dice: “este libro no es una autobiografía propiamente dicha, como comúnmente se piensa. No es siquiera la historia de una vida. Falta en él la cronología básica que hay que deducir y determinar la mayor parte de las veces por un proceso comparativo. Falta la individualización de los personajes claves de esta historia, aludidos en anonimato, o con unas referencias genéricas. No aparecen consignados con particularidad —en la mayor parte de los casos— los lugares donde se desarrollan los acontecimientos descritos, viéndonos obligados en múltiples ocasiones a recurrir a la aproximación, o a la identificación por un procedimiento deductivo”¹¹. Quizá al llamar a este juicio “caracterización”, debimos decir que lo era por vía negativa; y nos ayuda mucho a diferenciar el libro de una autobiografía según se entiende corrientemente. En este sentido, el juicio es claro, preciso, útil.

Este libro es la primera autobiografía auténtica de la literatura española, pero se trata de una autobiografía muy especial, particularidad que viene anunciada desde su mismo prólogo. Entre sus fundamentos convendrá no olvidar nunca la necesidad de dar testimonio de algunos hechos de orden extraordinario que en la oración mental le solían sobrevenir a la autora y el enriquecimiento de la vida espiritual de los propios confesores en contacto con la *Vida*, cuya redacción aconsejaban. No es una cadena de digresiones, porque no hay una línea precisa de crónica histórica a la cual referirlas. La línea aquí se convierte en corriente y, como es corriente espiritual, su representación gráfica mucho se aleja de la línea recta. Convie-

11 Enrique LLAMAS, *op. cit.* p. 220.

ne, pues, cuando se habla del libro de la *Vida*, recordar las denominaciones de la santa: *mi alma, el [libro] grande* o, más ajustadamente a sus sentimientos, *De las misericordias de Dios*.